

De noche en la ciudad

Estudios de la noche. El caso de la Noche caleña*

Andrés Felipe Castañeda Morales**

RESUMEN

Estudiar la relación entre las sociedades humanas y la noche no ha sido una preocupación central de las ciencias sociales. En los estudios existentes se han privilegiado aspectos como el miedo a la noche, la iluminación de la noche, la vida nocturna (diversiones, lugares, bohemia), el peligro y la maldad de la noche, así como su vigilancia y represión.

Entre 1910 y 1930, Cali se encontraba en un periodo de transición a la modernización, por lo que la noche caleña experimentó una turbulencia causada por el cruce de dos corrientes: el espíritu modernizador-burgués y la arraigada mentalidad tradicionalista.

Palabras claves: Ciudad, vida nocturna, Cali, prácticas urbanas.

Abstract

Study the relationship between human societies and the night was not a central concern of social sciences. In the studies have been privileged issues such as fear of the night, night lighting, night life (entertainment, places, bohemian), the danger and evil of the night, as well as monitoring and repression.

Between 1910 and 1930, Cali was in a period of transition to modernization, so the night in this city experienced turbulence caused by the junction of two trends: modernizing bourgeois spirit and the traditionalist mentality.

Keywords: City, nightlife, Cali, urban practices.

La noche urbana: ese oscuro objeto de investigación

¿Qué pasa en nuestras ciudades cuando llega la noche? ¿Quiénes la habitan? ¿Qué imaginarios y prácticas sociales circulan sobre ella? ¿Acaso la noche propicia el desarrollo de formas particulares de experimentar la ciudad? Es curioso que la enorme mayoría de las investigaciones sobre la ciudad nos la muestren sólo hasta cuando se oculta el sol. Al salir la luna, los libros se cierran y parecen dormir. Estudiar la relación entre las sociedades humanas y la noche no ha sido una preocupación central de las ciencias sociales. La bibliografía existente es realmente exigua y, por lo general, se limita a pequeños artículos o capítulos de

* Artículo tipo 1: de investigación científica según Colciencias.

** Comunicador social. Aspirante a Magister en Historia. Universidad del Valle. Cali, Colombia. Email: felipecasta2000@yahoo.com.

libros. Pero los pocos autores que se han aventurado a descubrir la nocturnidad, han abierto una valiosa brecha de investigación, por lo que considero importante empezar este texto haciendo un paneo sobre los temas, hallazgos y caminos que nos han dejado dichas exploraciones al interior de la - aún hoy- enigmática noche urbana.

El temor a la noche ha acompañado al hombre durante toda su historia. El profesor Jean Delumeau, con citas de la Biblia, demuestra la desconfianza que los antiguos tenían a las tinieblas, relacionadas con maleficios, tempestades y con “terribles” hombres que odiaban la luz: adúlteros, ladrones y asesinos (Delumeau, 1982). En términos generales, el autor sostiene que la analogía entre luz-oscuridad y vida-muerte es la figura retórica fundamental de la Biblia.

Pero el temor a la noche no es exclusivo de los judeo-cristianos, es bien sabido, por ejemplo, que los mexicanos de Teotihuacan (300 – 900 d.c.) temían que el dios sol se escondiera para siempre, por lo que en cierta temporada le ofrecían sacrificios. Para Delumeau existe una gran diferencia entre el miedo *en* la oscuridad, que se refiere al de los primeros hombres que en la noche quedaban expuestos a animales feroces, y miedo *de* la oscuridad, que fabrican las personas que temen a los espantos. Por eso aduce: “que los peligros objetivos de la noche hayan llevado a la humanidad, mediante acumulación en el curso de los tiempos, a poblarla de peligros subjetivos es más que probable” (Delumeau, 1982: 142-143). Esta apreciación lo lleva a aceptar que “sigue siendo cierto que la oscuridad nos sustrae a la vigilancia de los demás y de nosotros mismos, y que es más propicia que el día a actos que uno rehúsa considerar por conciencia o por miedo: audacias inconfesables, empresas criminales, etc.” (Delumeau, 1982: 143).

Lo anterior explica que la civilización occidental urbana haya hecho tantos esfuerzos para hacer retroceder la noche y prolongar la luz a través de la iluminación artificial. De esta manera, elementos como la literatura -desde Shakespeare hasta Dante-, la persecución morbosa en el medioevo de la brujería y el satanismo, entre otros, hicieron que la Europa de principios de los tiempos modernos cayera en un profundo temor a la noche. Sin embargo, existía en aquellos tiempos una serie de exorcismos a los terrores de la noche, mediante festejos y reuniones familiares en ciertas fechas importantes, que ayudaban a calmar el temor y que empezaban a formar una vida nocturna. Aún así, la noche continuó siendo sospechosa, vinculada a ladrones, desalmados y asesinos, por lo que se creía en “la necesaria presencia en las ciudades del otro tiempo del vigilante de noche, que hace la ronda con su linterna, su campana y su perro” (Delumeau, 1982: 153).

A. Álvarez, por su parte, nos muestra el interés de las sociedades occidentales por la iluminación artificial de la noche, desde el descubrimiento del fuego, “lámparas de grasa o aceite, antorchas de brea, teas de cera, linternas, candiles, el impulso de hacer tolerable la noche es universal y muy antiguo” (Álvarez, 1996: 30). Como el fuego no era una solución suficiente para la oscuridad, la vida de los pobres

seguía regulada por el sol. Sólo las élites tenían, en Europa del siglo XVII, la posibilidad de gozarse la noche, porque

Para derrochar en un ítem de lujo como la iluminación artificial había que tener mucho dinero; disfrutar de la vida nocturna era un signo de privilegio social, una conspicua forma de consumo (...) la vida nocturna como opción democrática accesible a todos, como un tiempo en que – con pocas salvedades – cualquiera puede llevar a cabo asuntos corrientes, es un invento relativamente nuevo. (Álvarez, 1996: 34).

En el camino de colonización de la noche, a los respetuosos de la ley les faltaban dos cosas: Iluminación callejera y fuerza policial. En este sentido se dirigieron los esfuerzos, hasta que, en 1622, en París, al abate Laudati obtuvo el monopolio para establecer

(...) puestos de vigilancia cada trescientos pasos y proveer guías con linternas que, previo pago, escoltaron a los viajeros entre esos puntos. Cinco años después, instado por su jefe de policía, Luís XIV promulgó la ordenanza de que las luces azarosamente colgadas de algunas casas se reemplazaran por linternas de vidrio suspendidas de cuerdas en medio de todas las calles.(...) Antes de que terminara el siglo, solamente en París había 6.500 candiles que cada noche quemaban 1.625 libras de velas (Álvarez, 1996: 38).

Sólo hasta los albores del siglo XIX el alumbrado público se regularizó y amplió su capacidad, gracias a la llegada a Europa de la luz de gas. Casi un siglo más tarde llegó la iluminación eléctrica de la mano de Edison, lo que, para Álvarez, definitivamente cambió la percepción del mundo. Los primeros habitantes de la nueva noche fueron vagabundos, proscritos, solitarios y delincuentes; luego llegaron los comerciantes que aprovecharon para ganar dinero, así se implementaron los trabajos y los establecimientos nocturnos. Sin embargo, aún después de estos inventos tan importantes, el autor sostiene que “nunca se elimina por completo la sospecha primitiva de que los individuos de la noche no andan en nada bueno. Se escudan en la oscuridad porque los trabajos que hacen no pueden soportar el escrutinio del día” (Álvarez, 1996: 15-16). Por esa razón, el camino que continuó tomando la relación del hombre moderno y urbano con la noche ha estado centrada en tratar de mantener el orden nocturno, porque “orden público y alumbrado urbano son caras de la misma moneda” (Álvarez, 1996: 267).

Pensando precisamente en dicho orden nocturno, Hanz Friedrich Mueller (2004) se pregunta si la noche y el día eran concebidos de igual manera en la Roma antigua, y si no lo eran, ¿esta diferenciación influía en la reglamentación nocturna de los juristas? Para dicho fin se dedica a estudiar en el Digesto de Justantino, un compendio de medidas jurídicas realizado por el emperador en el siglo VI d.c., a través de la asamblea romana y con el consentimiento de los dioses. Para los romanos el día no era una unidad de 24 horas, sino que estaba compuesto de dos lapsos de 12 horas que dividían la luz de la oscuridad, ésta última subdividida en 5 momentos. La noche romana no tenía iluminación, estaba rodeada de gente y dependía de una fuerza policial débil llamada la Guardia de La Ciudad, encargada

de “lidiar con los incendiarios, ladrones, asaltantes, raptos y sus encubridores, y mantener la vigilancia toda la noche” (Muller, 2004: 127). Los juristas discutían la idea de si la noche constituía una esfera esencialmente diferente al día. Mientras algunos pensaban que un contrato firmado en la noche no era válido, que una asamblea nocturna era sinónimo de conspiración o que los delitos cometidos en la noche eran más graves, otros consideraban que, por ejemplo, el hecho de que un esclavo permaneciera solo toda la noche no lo convertía en un fugitivo. El autor llega a la conclusión de que “la noche, entonces, puede haber sido importante como categoría, tanto en términos de lo que alguna vez había sido, como en términos de lo que nunca sería otra vez: una esfera separada, pero equivalente” (Muller, 2004: 175).

También en Latinoamérica hay quienes han estudiado la noche. Arnoldo Pacheco Silva (1993) nos remite a Chile, a la ciudad de Concepción. El alumbrado público en dicha ciudad se remonta a 1830, cuando el cabildo “asume una posición cultural ilustrada y modernizadora, al considerar la iluminación de las calles como sinónimo de pueblos civilizados” (Pacheco, 1993: 83). Faroles de latón y vidrio se ubicaron en las puertas de contratación, tiendas, mesones y espacios de habitación pública. Al igual que en Europa, uno de los principales motivos que animó la instalación del alumbrado público en Concepción fue la intención de brindar más seguridad a los vecinos en las noches. Por eso la luz estaba acompañada de una vigilancia. El cabildo contrató a un grupo de serenos, que eran “la prolongación vespertina y nocturna de la policía (...) su objetivo es guardar la paz nocturna de los habitantes, velar por la seguridad de sus habitaciones y prestar auxilio a todas sus necesidades domésticas” (Pacheco, 1993: 86). Pero al alumbrado y los serenos no tenían derecho todos, sólo quienes pagaran el dinero exigido por el cabildo podían disfrutar de estos servicios, que: “En la práctica urbana es otro modo de vida, el contar con un medio ambiente mínimamente confortable para desarrollar una vida nocturna en los contornos de sus casas, recibiendo visitas, realizando diligencias, o un simple estar en un barrio en el que es posible distinguir los contornos de los edificios, carruajes y figuras humanas” (Pacheco, 1993: 85).

Así, estos elementos se constituyeron en un indicador de diferenciación social, un privilegio de los contribuyentes, que para ese entonces eran sólo el 25% de la población de la ciudad. De esta manera, se fueron conformando dos ciudades: la oscura y la luminosa.

De igual manera, algunos mexicanos se han preocupado por acercarse a la noche de fines del siglo XX desde una perspectiva sociológica, antropológica, literaria y comunicacional. Uno de ellos, Carlos Monsivais (1998), plantea la diferenciación que los habitantes de la vida nocturna en México D.F. hacen entre el día y la noche: “La luz del día ubica con dureza características individuales y colectivas, la grotescidad, el mal gusto, las imperfecciones corporales, los grados de riesgo. Pero si el día exagera o es clasista, o es catastrofista, la noche, más ecuánime, elimina los rasgos defectuosos, matiza las incongruencias, se desentiende de los peligros (...)” (Monsivais, 1998: 55).

La antigua noche popular mexicana, ritual de pasaje generacional, se transformó en una “geografía del deseo y la avidez” (Monsivais, 1998: 56) donde reinan las cantinas, los cabarets, los burdeles, los lugares gay y donde lo privado se hace público, como en el caso de los show de sexo en vivo. La nueva noche popular mexicana ha traído nuevas especies, como las llama el autor: los chacales (jóvenes atractivos y musculosos a fuerza de su proletarización), los stripper, (que viven de lo logrado en el gimnasio) y los travestis (que sólo imitan a las mujeres de éxito). Para Monsivais, “la noche hasta hace algunos años era lo limitado, el trazo de las formas que desembocan en la sensación de plenitud heterodoxa (...) pero ya no más, la violencia urbana y la delincuencia le han puesto sitio a la noche” (Monsivais, 1998: 63). De esta forma, llega a concluir que “la noche popular se extiende al amparo de los abismos de la economía y el desempleo (...) en provecho de quienes así lo soliciten, una ciudad de estas proporciones requiere del relajo como gran idioma público de la sobrevivencia” (Monsivais, 1998: 73).

Por su parte, Ricardo Melgar (1999) pone la lupa sobre la relación entre los jóvenes y la noche. Según el autor, para los jóvenes la noche es un referente ineludible de su cronos cotidiano urbano, lo que ha llevado a que se den nuevos modos de interacción social y se resignifique el espacio. Para la sociedad actual, los jóvenes son inestables y vulnerables, por lo que se ha tratado de afirmar sus consumos culturales diurnos y estigmatizar los nocturnos. Sin embargo,

Tanto la lógica de un mercado ampliado de las diversiones públicas urbanas, la prolongación nocturna de los horarios y servicios de transporte público, aunadas a la extensión masificada del segundo y tercer turno laboral y educativo, involucraron a los jóvenes urbanitas de muchos modos en los consumos culturales nocturnos. (...) De este modo, los jóvenes noctámbulos fueron afirmando su distintividad a través de: los códigos que rigen sus efímeras redes y tribus; su pasional lectura del género y la sexualidad; sus fugases y emocionalmente intensas comunitas; sus audaces o rutinarios itinerarios cruzados entre lugares y no lugares nocturnos; sus peculiares consumos culturales; sus contradictorias valoraciones y creencias sobre la nocturnidad urbana. (Melgar, 1999: 2).

La noche es para los jóvenes un espacio de intercambio, sociabilidad cultural y un ritual de pasaje, mediado por el alcohol, las drogas y los solventes, por eso “la noche y la oscuridad deben diferenciar sus sentidos nativos de aquellos que les confieren las ideologías de la modernidad para referir los consumos culturales juveniles, pero no siempre es posible” (Melgar, 1999: 5). Para Melgar, las tradiciones autoritarias siguen alimentando el discurso de la noche como un tiempo maligno y criminal, heredado de los temores religiosos al reino de las tinieblas, por lo que se han lanzado a reprimirla, iluminarla, normarla y penalizarla, convirtiendo a la policía en una figura emblemática de la nocturnidad urbana.

También desde la literatura se ha abordado la noche urbana. Angélica Aureola Medina (1990), reconoce las simbologías de la noche en la narrativa mexicana. Según la autora, la noche ha sido relacionada con la mujer, el caos, la muerte, el sueño, la eternidad, el tiempo de las gestaciones, lo indeterminado y los

pensamientos oscuros. Así mismo, reconoce una contraposición entre las representaciones de la noche: soledad, silencio, sombras, ideas oscuras y misterio, con las del día: claridad, bullicio, cotidianidad y automatismo. En términos generales, la autora encuentra en la narrativa mexicana tres ejes temáticos comunes en relación a la noche:

1. la posibilidad que ofrece la noche para crear una realidad aparte y en este sentido ofrece una alternativa de vida.
2. Que la noche significa el despertar de las pasiones, del deseo y la sexualidad, y en general el desvanecimiento de las ataduras sociales.
3. La identificación de la noche con lo indeterminado, es decir la muerte, el miedo, la soledad y el silencio (Medina, 1990: 57).

En suma, vemos que la característica común de los estudios sobre la noche urbana es la constante referencia que establecen los autores al binomio oscuridad-luz. En este sentido, se han privilegiado aspectos de la noche como: el miedo a la noche, la iluminación de la noche, la vida nocturna (diversiones, lugares, turismo, bohemia), el peligro y la maldad de la noche, así como la vigilancia y represión sobre este peligro. Pero estos estudios son sólo el comienzo, aún quedan muchos caminos por recorrer, nuestro desconocimiento sobre la noche urbana es todavía enorme, tanto en Latinoamérica como en el resto del mundo. Por eso, y tratando de aportar un grano de arena, me acercaré, desde la Historia, a la noche caleña, en un país donde no existen publicaciones sobre el tema. Para tal fin, he recogido las referencias a la noche, dispersas en algunos trabajos historiográficos, y he revisado los archivos documentales (fuentes primarias) que posee la ciudad.

De noche en Cali (1910 – 1930)

Santiago de Cali es considerada en la actualidad la tercera ciudad más importante de Colombia. Fue fundada en 1536 por Sebastián de Belalcázar y sólo hasta 1910 se le declaró capital del departamento del Valle del Cauca. De clima cálido, gracias a su cercanía con la costa pacífica, Cali es representada en el imaginario nacional como una ciudad alegre, donde se puede gozar de una agitada “vida nocturna”, especialmente asociada al baile de la salsa.

El periodo de 1910 a 1930 se ha considerado como el tránsito de la ciudad a la modernización (Vásquez, 2001). Para esos decenios, Cali ya giraba alrededor de la plaza Caicedo, su plaza central. En las élites de Cali, seguía predominando una mentalidad patrimonialista y tradicional, pero cada vez se alejaban más de la vida rural de las haciendas para vincularse al casco urbano y al mundo comercial, demostrando un creciente interés por el progreso. La implementación de los servicios públicos, la llegada del tranvía, el ferrocarril y el desarrollo manufacturero, alimentaron la ilusión de progreso. Lo anterior influyó para que, a partir de 1920, la ciudad experimentara un crecimiento acelerado de la construcción y la expansión urbana, impulsado por la elite local. Cali vio nacer barrios enteros que seguían la lógica de estratificación social en la que la cercanía a la plaza de Caicedo significaba preponderancia. En este momento de cambios trascendentales para la ciudad, la noche caleña empezó a experimentar una

turbulencia, causada por el cruce de dos corrientes: el espíritu modernizador-burgués y la arraigada mentalidad tradicionalista.

La implementación del alumbrado público con electricidad es un aspecto clave dentro de la relación de los habitantes de Cali con la noche. En la colonia de lo que hoy conocemos como Colombia, el alumbrado público se hacía usando faroles con vela de cebo o gordana, colocados en sitios estratégicos e importantes de la ciudad. A mediados del siglo XIX, se utilizaron faroles con petróleo y luego con gas. Como se iluminaban pocas calles, las noches eran oscuras y desoladas, por lo que la gente se encerraba en sus casas, y si alguno osaba salir a la calle debía llevar su propio farol. La llegada de la iluminación eléctrica permitió que las personas salieran a conocer la ciudad de noche y espantó a muchos fantasmas y aparecidos que vivían en el imaginario nocturno (Londoño y Londoño, 1989). La energía eléctrica llegó a la ciudad el 26 de octubre de 1910, gracias a la Cali Electric Light and Power Company, propiedad de un grupo de hijos adinerados de la ciudad. Ese día se iluminaron algunas lámparas en las calles céntricas de la ciudad y, luego de la ceremonia, se realizó una fiesta en El Gran Club que, ya con luz eléctrica, se extendió hasta la madrugada (Vásquez, 2001: 68). El fenómeno significó un enorme cambio cultural para los habitantes, como lo expresa este historiador:

La llegada de la luz eléctrica maravilló a los pobladores: el salto del alumbrado con vela a la iluminación con bombillas en el interior de las casas; el cambio de la noche en las calles, ahora iluminadas con bujías eléctricas, dejando atrás las lánguidas y distantes lámparas de petróleo, y un poco más tarde el alumbrado del parque Caicedo con esferas de cristal en lo alto de postes metálicos alrededor del parque y del kiosco, que permitió la prolongación de las retretas hasta las nueve de la noche, efectivamente debieron cambiar la mirada del mundo, la manera de concebir la noche y el día, el espacio y el tiempo, el ritmo de la vida, y las relaciones interpersonales, además de crear un espíritu optimista y una adhesión al progreso. (Vásquez, 2001: 69).

La introducción de la luz eléctrica pública y privada debió causar grandes cambios e impactos en la vida cotidiana del caleño. Uno de los cambios más interesantes que se deja ver en los archivos documentales es la utilización que los caleños del común hicieron de los servicios públicos modernos (en especial la iluminación eléctrica) con fines moralizantes. A la hora de definir el nuevo buen orden y el moderno espacio público, la población fue muy celosa en reclamar y vigilar porque aquellos aspectos que daban a la ciudad una imagen desordenada y poco civilizada fueran erradicados. Entre estos aspectos podemos citar el escándalo público y la conservación de la moral pública; la correcta ubicación de las prostitutas, vagos y mendigos; el arreglo y embellecimiento de calles y parques; la reubicación de espacios públicos generadores de basura, desorden y malos hábitos como la plaza de mercado, las pilas públicas, las casas de lenocinio, las chicherías y cantinas, los botaderos de basura y las casas de juego.

Lo interesante es que en asuntos de administración pública la gente se mostró expedita para sugerir, reclamar, señalar y vigilar, canalizando de esta forma una parte de sus actitudes políticas (Granados, 1996: 76). En muchas ocasiones, los vecinos de la ciudad se quejaban ante las autoridades municipales sobre algunos “desórdenes inmorales” que se cometían en el espacio público de la ciudad, pidiendo, muchas veces, la instalación de bombillas eléctricas como medida correctiva, como forma de moralizar, iluminando las intemperancias que se cometían en la oscuridad, que atentaban contra el espíritu de progreso que se levantaba en la ciudad. Para la muestra, veamos la queja que un grupo de vecinos indignados presentaron ante las autoridades por los acontecimientos que sucedían en la esquina de la carrera 3ª con calle 9ª, para la que piden mayor iluminación: “En esa esquina se forman frecuentemente escándalos, pues se reúnen hombres y mujeres con el objeto de entregarse a sus deseos, además se está convirtiendo ese punto en escusado público; esto, es por motivo a que no hay luz en dicha esquina y la gente logra de las tinieblas para cometer los abusos expresados”¹.

Uno de los fenómenos que aparece con mayor frecuencia en las quejas y reclamos de los vecinos y de la Iglesia Católica es La prostitución. A comienzos de siglo sólo existía una casa de lenocinio, “El Otro Mundo”, alejada de la ciudad. Los hombres debían hacer un largo recorrido a pie o a caballo para llegar hasta el lugar. En “El Otro Mundo” había bar, licores, músicos, bailadero, restaurante y, según los rumores de la época, prostitutas francesas. Luego se conoció que, tres cuadras al oriente de la iglesia La Ermita, funcionaba una zona de prostíbulos que en la época apodaban “Los Toriles” (Vásquez, 2001: 177). En aquel entonces, como hoy, las prostitutas se refugiaban en la noche para ejercer su oficio. Se les podía encontrar en los parques, puentes, potreros y sitios cercanos a las principales vías de la ciudad, ofreciendo sus servicios, aprovechando para ello la oscuridad que le proporcionaba la falta de un buen alumbrado público. Pero su presencia estaba prohibida en el día en lugares cercanos a los templos, las instituciones educativas, las plazas de mercado y los parques centrales, lo que no fue impedimento para que ellas recorrieran las calles, escandalizando a más de un vecino:

Todas las meretrices de la ciudad se hayan esparcidas por ella y en medio de los hogares honrados, de la gente de bien, se ve la avalancha de esas pordioseras morales que, en convivencia con los vagos y hombres perdidos, dan a diario las más tristes y repugnantes escenas de inmoralidad y corrupción, amén de los delitos de carácter punible que ofenden la sociedad, como acontece de modo visual en la parte más concurrida de la avenida Uribe Uribe hasta dar con los edificios vecinos de la estación del ferrocarril, sin que nadie se preocupe por coartar este mal. (...) Las mujeres públicas están invadiendo el centro de la ciudad, a ciencia y paciencia de las autoridades y la policía, quienes se excusan para ello, en la falta de barrio señalado por el Consejo y toca a este remediar ese mal para que la autoridad administrativa pueda proceder, sin demora, a sacar esas mujeres escandalosas de los

¹ Archivo Histórico de Cali. Cabildo. Libro 190, folio 22.

barrios centrales y evitar así la infección corruptora de esa clase de gente sin moral y sin honor².

No sólo eran vistas como vagabundas sin moral, también se les consideraba un problema de higiene pública, lo que las convertía en un obstáculo para el progreso y la modernidad, tan en boga para la época. De esta forma, y argumentando un crecimiento de enfermedades venéreas en la ciudad, se creó en 1918 el Dispensario Antivenéreo de Cali, lugar en el que las meretrices eran sometidas a exámenes médicos, y desde donde las autoridades de la ciudad aprovechaban para controlar y normar el cuerpo de las prostitutas, a quienes se les registraba y se les daba o negaba el permiso de ejercer su oficio. De esta manera, “las mujeres públicas fueron objeto del poder, visibilizadas y homogenizadas a través de los controles” (Quiroga, 2008: 256). Así pues, en la mentalidad de los habitantes de Cali de la época, la prostitución era vista como un problema moral (por un lado atacado y por el otro disfrutado) y de higiene pública, que habitaba las noches de la ciudad y que se debía controlar con medidas policivas, médicas y con una mejor iluminación pública de la noche.

Los habitantes de la ciudad también gozaban de una serie de juegos y diversiones públicas y, a veces, privadas, en las horas de la noche, después de la llegada de la iluminación eléctrica. Dichas actividades fueron conformando lo que hoy se conoce como la “vida nocturna” de Cali. Una de las más populares era las peleas de gallos, que fueron traídas de España en el siglo XVIII. En principio se realizaban en los solares de las casas, pero luego empezaron a funcionar en galleras que debían pagar tributo (Rodríguez, 2002: 82). Estos juegos se realizaban en el día, pero con el tiempo fueron apoderándose de la noche. Las riñas de gallos en Cali para los años 1920 y 1930, estaban íntimamente ligadas al licor, lo que provocaba que los dueños de los animales muchas veces terminaran peleando también, por lo que “el asunto terminaba, según parece, en rascas monumentales, al final de las cuales los contendientes se dormían pacíficamente bajo los bancos de madera” (Patiño, 1992: 178).

Otros espacios muy concurridos durante la noche por los trabajadores y gentes pobres de la ciudad, en especial hombres, eran los bares, tabernas y cantinas. La creación de estos establecimientos de los “bajos fondos” tuvo que ver con la vida urbana que trajo el ferrocarril en los años veinte, pues “la movilización del café de exportación a través de Cali hacia Buenaventura impulsó la inmigración, el comercio y la actividad de la vida de la ciudad. Crecieron el número de hoteles, los espectáculos públicos (toros, boxeo, cine, bailes públicos), los avisos luminosos, los bares y cantinas, el tránsito automotor, los prostíbulos y demás” (Vásquez, 2001: 123). Para la época en Cali los obreros frecuentaban los bares Las Vegas, el Gallo de Oro, Las Puertas del Sol, entre otros, que se ubicaban alrededor de las plazas de mercado o de la estación del ferrocarril. Allí se vendía clandestinamente el “chirrinchi” (aguardiente de caña procesado en alambiques caseros de guadua) y se jugaban cartas, gallos y billar, pero sólo un día a la semana entre las seis y las doce de la noche, pues era la norma de la administración municipal, que

² Archivo Histórico de Cali. Consejo Municipal. Libro 202, 1918, tomo I, Folio 145.

castigaba su incumplimiento con multas (Ocampo, 2002: 23-24). La iglesia católica y algunas damas de la ciudad emprendieron una fuerte campaña moralizadora contra dichos establecimientos, tomando como estandarte de lucha el cierre de todos ellos a la media noche. Fue una batalla de ida y vuelta. En principio celebraron la aplicación del artículo 84 de la ordenanza 88 de 1925 que decretaba la clausura de los establecimientos nocturnos a las doce de la noche:

Se ha empezado a reprimir el desenfreno que al amparo de la noche y al sostén de la embriaguez, fomentaba el crimen, derramando a cada noche la sangre en bárbaras disputas de inmoral contienda. Cuántos delitos de aquellos que hasta hace poco se perpetraban al amparo de una tolerancia criminal, se evitarán en adelante. Cuanto despilfarro se contendrá por parte de personas, que noche tras noche, iban entregando el escaso sueldo de su rudo trabajo, en las arcas mercenarias del burdel siempre abierto. Qué de insomnios y desvelos se evitarán las esposas y las madres de familia con esta medida salvadora, que en cierto modo, cierra por lo menos, una puerta de perdición para el esposo y para el hijo³.

Pero luego de algunos meses, tras la presión de sectores económicos que se veían afectados por la normatividad que cerraba sus negocios en las horas más rentables, el gobierno municipal empezó a echar hacia atrás la medida. Primero, parece que omitió ciertos controles de manera soterrada, lo que generó una fuerte y decidida crítica de la Iglesia Católica: “¿Cómo es posible, por ejemplo, que un agente de policía, se vea impedido a cerrar un cabaret o cantina en la hora señalada por la autoridad, por el hecho de que se encuentra en el lugar a altos o medianos empleados públicos?”⁴.

Posteriormente, algunos diputados derogaron la normatividad existente, y lograron alargar el funcionamiento de los establecimientos públicos hasta las dos de la mañana, lo que el clero rápidamente calificó como una pretensión de “establecer en Cali una nueva era de escándalo y de bacanal nocturna”⁵ y los acusó de confundir los conceptos de progreso y libertinaje⁶.

El desenfrenado crecimiento de bares, cantinas y de la prostitución en la ciudad, llevó a que las autoridades municipales implementaran un espacio limitado y alejado de las “gentes de bien”, para que dichos espectáculos licenciosos no molestaran más a los vecinos, que se quejaban constantemente. En principio, hacia 1918 se dispuso una “zona de tolerancia”, cerca al centro de la ciudad, en la que se permitía el funcionamiento de prostíbulos y cantinas de todo tipo. Pero la contigüidad de la zona a la nueva plaza de mercado de El Calvario, donde

³ *¡Hemos empezado!*, En **La Voz Católica**, periódico de ilustración y defensa No. 51, Cali, Imprenta Diocesana, julio 31 de 1927.

⁴ *Prevaricadores de oficio*. En **La Voz Católica**, periódico de ilustración y defensa No. 58, Cali, Imprenta Diocesana, Septiembre 18 de 1927.

⁵ *Con la Honorable Asamblea*. En **La Voz Católica**, periódico de ilustración y defensa No. 68, Cali, Imprenta Diocesana, Noviembre 27 de 1927.

⁶ *Los honorables de la nueva era de inmoralidad y escándalo para Cali*. En **La Voz Católica**, periódico de ilustración y defensa No. 67, Cali, Imprenta Diocesana, noviembre 20 de 1927.

confluían campesinos, vendedores, marchantes, delincuentes del “bajo mundo”, inmigrantes pobres en busca de oportunidades y hotelitos de “mala muerte”, provocó un rápido deterioro social y físico de la zona delimitada. Sin que se pudiera erradicar dicha zona, el Consejo de Cali, por medio del acuerdo No. 11 de 1931, estableció una zona de tolerancia menos deprimida, tal vez para “usuarios” de mejor condición social (Vásquez, 2001: 179). Este fenómeno es especialmente significativo, pues deja ver que ante la nueva vida nocturna que se desarrollaba en la ciudad, fruto del avance de la modernidad, a las autoridades municipales no les quedó más remedio que empezar a legislar sobre ella, con el fin de tratar de controlar las irremediables intemperancias de la noche.

Pero no sólo de prostitutas, ladrones, mendigos y licenciosos estaba poblada la noche caleña, también la habitaban seres del más allá. En la recopilación de relatos orales *Tertulias del Cali viejo* (1986), se encuentran narradas las creencias en espantos y fantasmas que viajaron en el tiempo desde aquellos años hasta hoy, al punto de considerarse tradicionales. El común denominador era la relación directa entre estas entidades y la noche, pues era en estas horas en que aparecían y desaparecían. Lo importante de dichas creencias es que nos muestran una representación de la noche caleña que cumplía, en última instancia, una función moralizante y preventiva, pues intentaba alejar a la gente de los peligros de la noche, condicionando sus actividades nocturnas a través del miedo. Veamos dos ejemplos de estos relatos:

(...) El chimbilaco era una aparición que molestaba mucho en la zona de Bellavista, donde un negrito aparecía en altas horas de la noche y con un perrero azotaba a quienes pasaban. Por esa razón la gente evitaba transitar por allí (...) Otro de los fantasmas lugareños era la Mula Negra, que a media noche se paseaba corriendo por lo que hoy son los barrios Obrero y San Nicolás, dando coces, echando chispas por ojos y patas, y mucho trasnochador decía haber sido asustado por ella (1986: 156-159).

Pero había otra noche, la que se consideraba de “gentes de bien”, que contrastaba con la noche de los “bajos mundos” por sus pretensiones de elegancia, cultura y civismo, una noche moderna que soñaba con París. Para muchos caleños, por ejemplo, no había mejor plan que ir a escuchar las retretas que se realizaban los domingos después de misa en el parque Caicedo. Se trataba de una presentación musical de la banda militar, que se ofrecía semanalmente en un kiosco construido especialmente para tal fin. Las retretas, a partir de 1910, empezaron a realizarse hasta bien entrada la noche, tal como nos dice este nostálgico autor:

Muy a las 7 p.m. todos los señores y cachacos caleños, y las niñas y damas de la alta sociedad entraban al parque pagando el respectivo tiquete de diez centavos. Allí se habían concertado citas previas mediante cartas y mandados que hacían los criados de confianza (...) La banda actuaba desde lo alto de un

bello kiosco de concreto, en cuyas gradas se apiñaban los chicuelos de entonces, deseosos de no perderse un solo detalle de la ejecución musical⁷.

Por su parte el cine empezó a convertirse en otro atractivo para los caleños. Las primeras proyecciones de cine mudo en la ciudad se realizaron a inicios del siglo XX en las salas de algunas familias de la élite que se reunían para ver las cintas. Luego, las funciones empezaron a tomar un carácter más comercial y se empezó a cobrar por la entrada a la función en las casas de Emmanuel Pinedo y el dominicano Ramón Silva, hasta la creación de El Teatro Municipal (Vásquez, 2001: 172). Por supuesto, las proyecciones de cine se realizaban en horario nocturno para aprovechar la oscuridad, sólo algunos días de la semana. Al mismo tiempo, se empezaron a abrir al público una serie de teatros que dieron paso a diversas manifestaciones artísticas, en especial extranjeras, que se presentaban comúnmente en la noche y animaban la vida nocturna de las élites. En el Teatro Municipal, construido de 1911 a 1927, en el Jorge Isaacs (1931) y en el Teatro Colombia (1928), se presentaban zarzuelas, operas y otros eventos de la “alta cultura” (Valderrama, Gómez y Martínez, 1986: 256-257). Así mismo, en el prestigioso Club Colombia, se realizaban festejos, de día y de noche, desde su fundación en 1920: “en él desfilaron lo más significativo de la sociedad caleña en fiestas, presentaciones en sociedad, agasajos a gobernantes, empresarios y altos ejecutivos, despedidas de soltero, etc.” (Lemus, 1989: 15). Para José Luís Romero, estos espacios fueron una constante en la mayoría de ciudades latinoamericanas que, a inicios del siglo XX, empezaban a asumir la lógica burguesa, y explica su existencia en la necesidad de las élites burguesas de lugares para “ver y ser vistos: para ratificar su papel de miembro importante del grupo decisivo, para contribuir a que toda la sociedad se viera obligada a reconocer que eran ellos, y sólo ellos, los que constituían la nueva clase directiva” (Romero, 1996: 344).

También se estudiaba en la noche. Gracias al decreto No. 73 del 17 de septiembre de 1926 se crearon tres escuelas nocturnas para obreros y artesanos en los locales escolares de Santa Rosa, San Antonio y en el local ofrecido por la sociedad de Alarifes del Valle; Allí se dictaban conferencias sobre habitaciones para obreros, higiene pública, enfermedades venéreas, antialcoholismo, artes y oficios, ahorro colectivo e individual que era una necesidad sentida por los movimientos mutualistas, artesanales y obreros de la década de los años 20 (Vásquez, 2001: 168). Y a las personas sin oficio ni estudio, a los vagos, pobres, niños depósitos, mendigos y leprosos que habitaban las calles y dormían durante la noche en ellas, se les enviaba a centros de asilo y atención: El asilo de mendigos de la Sociedad San Vicente de Paúl (1917), el Club Noel (1924), el programa La Gota de Leche de la Cruz Roja (1930) y el Hospicio de la Misericordia (1935), cumplieron la labor de brindarle atención a estas personas.

⁷ Compañía Editora de Occidente. *Hace 47 años en Cali las retretas eran la única diversión*, en **Despertar Vallecaucano**. Cali, el autor, No. 33, 1977. Pág. 22.

Como se ha visto en este pequeño perfil histórico de la noche caleña de 1910 a 1930, las referencias a esta hora del día en la época siempre pasan por un concepto articulador: la modernidad. Es el punto de encuentro de los discursos que circulan sobre lo que debe ser la noche en una ciudad progresista, de cambios, que no quiere quedarse rezagada del mundo. La discusión no es si se quiere o no modernidad, pues casi nadie se atreve a oponerse a su necesidad, el problema es qué es modernidad, cómo debe ser una ciudad moderna y, para referirnos al tema que nos compete aquí, cómo debe ser la noche moderna. Al parecer, para algunos caleños e instituciones de la época, la noche Caleña debía ser el espacio del refinamiento y la ostentación, de la “alta cultura” y las reuniones sociales, al estilo de París. Visión que choca con el crecimiento acelerado de los cabarets, bares, cantinas y lugares de juego, así como con sus habitantes: prostitutas, borrachos, tahúres, mendigos y licenciosos de todo tipo. De esta manera, se exige como una necesidad del momento la puesta en orden de la noche, a través de restricciones, castigos y, por supuesto, mayor iluminación pública. Una idea de seguridad que va muy de la mano con la moralidad católica, siempre atenta a luchar contra “el reino de las tinieblas”.

Para terminar, es necesario insistir en que el tema no se agota aquí, hay muchas preguntas por resolver sobre la noche caleña, colombiana y de otros países. Por lo tanto, es importante que los investigadores urbanos tengan en cuenta esta veta de investigación que se está abriendo y que aporta al conocimiento de la ciudad. Qué interesante sería, por ejemplo, auscultar en la noche de nuestro continente, una excitante aventura que, presiento, nos puede llevar a temas, lugares y actores similares que quizá nos permita hablar de un tipo de noche latinoamericana.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes documentales

Archivo Histórico de Cali. Fondo Cabildo. Libro 190, folio 22.

Archivo Histórico de Cali. Fondo Consejo Municipal. Libro 202, 1918, tomo I, Folio 145.

La Voz Católica (1927). Periódico de ilustración y defensa (números 33, 51, 58, 67 y 68). Cali: Imprenta Diocesana.

Despertar Vallecaucano (1977). No.33.

Fuentes bibliográficas

Álvarez, A., Cohen Marcelo (Traducción) (1996). *La noche: una exploración de la vida nocturna, el lenguaje de la noche, el sueño y los sueños*. Colombia: Grupo Editorial Norma.

Arboleda, Gustavo (1956). *Historia de Cali. Desde los orígenes de la ciudad hasta la expiración del período colonial*, Tomo III. Colombia: Talleres de Carvajal & Cía. Ltda.

Aureola Medina, Angélica (1990). *La representación de la noche en la actual narrativa mexicana (1960-1990)*, México D. F.: Centro Virtual Cervantes.

Ávila Quiroga, Laura Paola (2005). *La prostitución en Cali a principios del siglo XX: un problema de grandes dimensiones para la salud y la higiene*. Colombia: Prospectiva, Universidad del Valle, No. 13.

Cámara de Comercio de Cali (1995). *Tertulias del "Cali Viejo"*. Colombia: Talleres gráficos de XYZ Impresores.

Compañía Editora de Occidente (1977). *Revista Despertar Vallecaucano* No. 33. Colombia: el autor.

Delumeau, Jean (1982). *El miedo en occidente*. España: Taurus.

Granados García, Aimer (1996). *Jurisdicción territorial, discurso modernizador y virtud cívica en Cali: 1880-1915*. Colombia: Colección de autores vallecaucanos, Gobernación del Valle del Cauca.

Gómez V. Álvaro León, Gómez Valderrama Francisco, Martínez Helda (1986). *Historia de Cali (1536- 1986) en homenaje a sus 450 años de fundación*. Colombia: Editores Andinos.

Melgar, Ricardo (1999). *Tocando la noche: los jóvenes urbanitas en México privado*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia de México. (sin más datos).

Monsivais, Carlos. *La noche popular: paseos, riesgos, júbilos, necesidades orgánicas, tensiones, especies antiguas y recientes, descargas anímicas en forma de coreografías*, en *Debate Feminista*, Vol. 18, 1998, EBSCO, Universidad del Valle.

Mueller Hanz Friedrich. *La reglamentación nocturna en la Antigua Roma*, en *Noua Tellus*, Vol. 22, 2004, EBSCO, Fuente Académica, Universidad del Valle.

Pacheco Silva, Arnoldo (1993). *El alumbrado público y los serenos como elementos diferenciadores sociales*. *Revista de Historia de Concepción* No. 3.

Patiño, Germán (1992). *Herr Simmonds y otras historias del Valle del Cauca*. Colombia: Corporación Universitaria Autónoma de Occidente (CUAO), Printex Impresores.

Rodríguez Jiménez Pablo (2002). “*La vida cotidiana en la región suroccidental colombiana siglos XVIII-XX*”, en: *En busca de lo cotidiano. Honor, sexo, fiesta y sociedad S. XVII-XIX*. Colombia: Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional de Colombia.

Romero, José Luís (1999). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Colombia: Editorial Universidad de Antioquía.

Tirado Mejía, Álvaro (Director científico) (1989). *Nueva Historia de Colombia IV*. Colombia: Editorial Planeta, S.A.

Vásquez Benítez, Edgar (2001). *Historia de Cali en el siglo XX. Sociedad, economía, cultura y espacio*. Colombia: Talleres de Artes Gráficas del Valle Editores- Impresores Ltda.

Recibido: Enero 26 de 2011

Aprobado: Mayo 9 de 2011